

El aire era espeso, cargado no sólo de polvo, sino de olor a cerrado y otro olor peculiar, que Globiño no reconoció al principio. Luego cayó en la cuenta: olor a vampiro. Seguro que un mortal que entrara en aquel apartamento se cagaría de miedo sólo por el olor.

—No hay mucha intimidad para los invitados, pero es que aquí no viene nunca nadie —dijo Txupalabena mientras encendía lámparas. Dejó la botella de whisky en una mesita entre la butaca y el sofá y fue al rincón más alejado, donde abrió la nevera con acabado de madera vetada y sacó una botella de agua y cubitos de hielo—. Y me temo que hay mucho polvo.

—Me gusta el polvo.

—La ventana da a los tejados. De noche hay buenas vistas y se puede salir a dar una vuelta por las alturas. ¿Quieres que la abra?

—Como tú quieras.

La ventana se quedó sin abrir.

Globiño estaba emocionado. Sentía que estaba siendo aceptado en la sociedad de los vampiros. Y al menos este refugio no era tan chabacano como la vestimenta del vasco. Hasta tenía un cierto aire de película Hammer. Qué carallo, con unos pocos cachivaches más, el propio Peter Cushing —su villano favorito, el único capaz de plantarle cara a Christopher Lee— se habría encontrado a gusto en él.

Los dos vampiros se sentaron uno enfrente del otro, y así se pasaron mucho rato, mirándose sin hablar. El tiempo es diferente para los vampiros. Y a solas, no hablan mucho. Se estudian en silencio y aprenden más del otro que hablando. Pero Txupalabena era curioso y parlanchín. Antes de que pasaran quince minutos de observación mutua, preguntó:

—¿Qué? ¿Cómo van las cosas por Galicia?

Globiño se lo pensó antes de responder. ¿Cómo iban las cosas por Galicia? ¿Lo sabía él? ¿Él, que no se trataba con nadie

y sólo leía revistas de cine? Creía recordar que el Papa había estado en Santiago, pero aquello no había afectado a la vida nocturna. Por fin dijo:

—En Santiago llueve mucho. Durante buena parte del año, se puede salir de día, si se tiene cuidado. Es bonito.

—O sea, que vives en Santiago.

—Vivía. En Santiago y alrededores. Pero antes pasaba más tiempo en el campo.

—Ah, el campo es lo mejor. A mí lo que más me gusta en el mundo son las fiestas de los pueblos. Pero todo se está yendo al carajo. ¿Te puedes creer que ya no descabezan gansos vivos?

Globiño no supo qué responder a esto. Ni siquiera sabía de qué le estaba hablando el vasco. A partir de ahí, la conversación no avanzó mucho, pero entre mucho mirarse y poco decirse se fueron empezando a conocer. Por fin, Globiño habló de su decisión de emigrar e hizo un resumen de su viaje desde Santiago.

—... y como no podía viajar de día...

—«No podías viajar de día» —repitió el vasco—. Espera un momento. ¿Tú sabes algo de esto? —se levantó y sacó una tarjeta de un cajón del escritorio.

—No. ¿Qué es?

Era una tarjeta de plástico:

VIAJES DEMETER

Para los que no pueden viajar de día

www.demetertravels.com

Y con un logotipo que parecía un ataúd negro flotando sobre unas olas. Escrita a mano en la tarjeta con rotulador indeleble, la palabra «Oslo».

—«Viajes Demeter, para los que no pueden viajar de día». Demeter —dijo Globiño.

—Demeter, sí. ¿Qué pasa con eso?

—¿No has leído *Drácula*?

—¿El conde Drácula? ¿La novela del vampiro? Recuerdo que estuvo muy de moda en los años veinte. Hasta hubo una película, ¿no? Pero no, no la he leído. ¿Qué tiene que ver?

—Yo sí la leí, después de ver la película. La de la Universal, no *Nosferatu*, que aunque estaba basada en la novela, no era una versión oficial. Murnau no pagó derechos y... —captó la mirada de incompreensión de Txupalabena y decidió abreviar—. El *Demeter* es el barco en el que Drácula viaja de Transilvania a Inglaterra. ¿No lo ves? «Viajes Demeter, para los que no pueden viajar de día» —hizo una pausa de varios segundos, dejando que la idea se fuera posando—. Yo diría que es una agencia de viajes... para vampiros.

—Esto es muy poco normal, pues. Alguien sabe lo mío.

—¿Y te extraña? Prácticamente, lo vas pregonando.

—Oye, que no es para tanto. Mucha gente me conoce, sí, pero nadie sabe nada de mí. Ni de dónde soy ni dónde vivo. Soy un tío al que se ve con frecuencia por la noche, al que se saluda, pero la gente de la noche no sabe nada de los demás. Sólo lo que uno quiera contar. En Vizcaya soy guipuzcoano y en Guipúzcoa, vizcaíno. En Bilbao soy de un pueblo de cerca de Bilbao, como dice el chiste. Y si voy por los pueblos, soy uno de Bilbao. Y en Francia, lo mismo.

—¿En Francia?

—Sí, tengo alguna casa en Francia. No voy a estar siempre en el mismo sitio, para que la gente vea que no envejezco. Por eso te decía antes que soy mi nieto. Pero ni eso me vale, voy a tener que hacerme bisnieto. Necesito apañarme documentación nueva.

Tras unos momentos de silencio, Txupalabena volvió al tema de la tarjeta.

—Esto de las uves dobles es una página de Internet, ¿sabes? —dijo, dándose importancia—. ¿Tú manejas ordenadores?

Globiño pensó. No se podía decir *exactamente* que manejara ordenadores, pero...

—Los he visto en las películas. Parecen muy fáciles de manejar. Tú tecleas algo y ellos hacen lo que les pides.

Txupalabena también pensó. No podía ser tan fácil. Iban a necesitar ayuda. Y por supuesto, un ordenador.

—Vale. Mañana mismo voy a un locutorio y resuelvo esto.

—¿Puedo ir contigo?

—Claro, hombre. Así aprendemos los dos.

Empezaba a amanecer. Txupalabena le dijo a Globiño que podía usar la cama, que él se apañaría con el sofá. Antes de retirarse, el gallego preguntó:

—Una cosa...

—¿Sí?

—Dices que no has leído *Drácula*. Entonces, ¿esa fórmula que utilizaste para invitarme a entrar...?

—¿Lo de «entra por tu propia voluntad» y todo eso?

—Sí.

—Supongo que son buenos modales. Una frase tradicional, como decir «Buen provecho» o «Está usted en su casa». Vivianne la utilizaba siempre, aunque ella lo decía en francés. Y los pocos vampiros que conocí en aquel tiempo también la usaban.

—¿Vivianne?

—Sí, Vivianne. Ya te hablaré algún día de ella.

Globiño no dijo nada más, pero siguió dándole vueltas a la increíble coincidencia de la fórmula de invitación. ¿Era una frase de siempre y Bram Stoker *sabía*? ¿O los vampiros modernos y esnobs de la *Belle Époque* la habían copiado de la novela?

* * *

Aquel día, ninguno de los dos vampiros durmió. Txupalabena no se movió del sillón, agarrado a la botella de whisky.

Globiño le había recordado una conversación que mantuvo a finales de 1914, la noche en que Vivianne le dejó.

¡La noche inconcebible en que una mujer abandonó a Iñaki Txupalabena!

Claro que no había sido una mujer cualquiera, sino Vivianne, la mujer que lo convirtió en lo que era, la mujer que lo guio en la mayor aventura de su vida. Vivianne, a quien los demás vampiros llamaban la Reina Bruja.

Después de cuatro años de pasión y sangre, estaban de nuevo en Biarritz, donde se habían conocido. Por Europa sonaban las trompetas siniestras de la Primera Guerra Mundial, y los tiempos se prometían gloriosos para todos los bebedores de sangre, del tipo que fueran.

Pero algo salió mal aquella noche. Durante su acostumbrada ronda por los más elegantes locales nocturnos de Biarritz, Iñaki había sentido presencias. Presencias fugaces pero intensas que se movían a su alrededor. No había visto que ocurriera nada fuera de lo normal, pero algo debía de haber ocurrido, porque Vivianne insistió en volver al hotel antes de lo acostumbrado. Y al llegar, se apresuró a hacer un equipaje mínimo y se volvió hacia él.

—Con esto bastará. Haré que me envíen el resto. Tú no tienes que preocuparte. Cuando te vayas, deja aquí mis cosas y el hotel se encargará.

Iñaki no entendía nada. Ella siguió hablando.

—Bésame, Iñaki, que nos vamos a separar.

Él no la besó. Se mantuvo tieso y pidió explicaciones con un gesto de las manos. Vivianne suspiró.

—Sé que has estado sintiendo que algo pasaba. Verás, Iñaki. Hay vampiros que son como leones y vampiros que son como tigres.

»Los leones forman grupos familiares, con un jefe. La caza se reparte entre todos, pero hay jerarquías basadas en la antigüedad y la fuerza. A veces hay rencillas familiares, o llega un

joven forastero que intenta destronar al viejo jefe, pero la estructura se mantiene. Sólo que, cuando se trata de vampiros, algunos miembros de la camada pueden salir tigres. Éstos abandonan la familia y emprenden una nueva existencia independiente.

»Los tigres son cazadores solitarios. Reclaman un territorio y se lo administran para ellos solos. De vez en cuando, se reproducen, pero las uniones nunca duran mucho. En el caso de los vampiros, suelen durar justo lo suficiente para que el maestro instruya al neófito. Después, lo abandonan a su suerte.

—Y nosotros, ¿qué somos? ¿Una pareja de leones que va a formar familia?

—No, cariño. Tú eres un tigre, y siempre serás un tigre. Jamás formarás familia. En cambio yo... tu tigresa... en realidad soy una leona descarriada, una leona que sufrió un arrebato y abandonó a su familia. Una leona que creyó que podía ser tigresa. Lo hice por ti. Pero ahora la familia me necesita y tengo que dejarte.

—¿Qué ocurre si un tigre se enfrenta con un león?
—preguntó Txupalabena con rabia.

—En principio, el león tiene ventaja porque cuenta con la ayuda de su familia. La familia sabe que el tigre nunca querrá ser su patriarca —o matriarca— y cerrará filas. No pienses en eso. Esas cosas nunca deben ocurrir.

Curiosamente, Iñaki sintió que la rabia se le iba pasando, sustituida por una nueva sensación: la de que podía correr por su cuenta, sin obligaciones, sin compromisos. Sin Vivianne, también, y aquello dolía, pero valía la pena probar. (Él no lo sabía entonces, pero Vivianne estaba empleándose a fondo para apaciguarlo). Y aquella comparación zoológica había despertado su curiosidad.

—¿Y qué pasa si el iniciado por un tigre tiene vocación de león?

—Lo normal es que siga siendo tigre a la fuerza. Pero también puede formar familia propia o convertirse en ese joven

león forastero del que te hablaba antes, que intenta suplantar a un viejo maestro para ponerse al frente de su grupo familiar. En ese caso, la familia no intervendrá. Gane quien gane, tendrá un jefe competente. Aunque siempre suele ganar el maestro con experiencia.

—¿Y así es la cosa? ¿Tigres y leones?

—Bueno... Por supuesto, también existen los leopardos. Son esos cazadores solitarios que nunca llegan a tigres. Viven en las sombras y nunca salen de las sombras. Para una gacela, no hay mucha diferencia; para una oveja, menos aún. Pero los tigres la captan, y los leones también. Un vampiro leopardo estaría mucho mejor en una familia de vampiros leones, pero a él le gusta ser como un tigre. Sólo que sin llamar la atención.

—Unos pringados, pues.

—No te equivoques. Los leopardos suelen vivir mucho más que los tigres y los leones. Cuando hay un conflicto, ellos nunca están cerca. Ellos van a lo suyo, que su trabajo les cuesta. Sin llamar la atención. Tú, mi amor, no puedes evitar llamar la atención. Y eso me preocupa, porque no sé cómo te las apañarás sin mí. Pero es tu destino, como el mío es volver con mi familia, que ahora tiene problemas.

—¿Es que te han amenazado? —preguntó él, rabioso de nuevo.

—¿Amenazarme a mí? Toma, lee esto mientras me voy. Pero no te moverás de aquí en un buen rato, después de que yo me haya ido.

Le entregó una tarjeta de luto, con sus márgenes negros. Aparte de eso, ningún nombre, ni nada impreso. Sólo una línea escrita a mano.

Cuando levantó la vista de la tarjeta, Vivianne ya se había marchado.

Aunque quiso seguirla, fue incapaz de moverse. Su mente le ordenaba al cuerpo «corre tras ella», pero una voz más fuerte, que no era suya, seguía resonando e imponiéndose: «No te

moverás». Jamás había sospechado que Vivianne tuviera tal poder sobre él.

Y así fue como Vivianne desapareció de su vida. Sin un beso.

La línea escrita en la tarjeta decía: «El maestro ha muerto. Vuelve y sé nuestra madre».

* * *

Si se acordaba ahora de aquella escena (aunque nunca había podido olvidarla), era por los símiles zoológicos. En cien años, Txupalabena se había encontrado con muy pocos vampiros («uno o ninguno», como se solía decir), aparte de Vivianne y sus amigos. Y aquellos, ahora estaba claro, eran todos leones. Si él hubiera sido un vampiro león, se habría marchado con Vivianne y habría formado parte de su familia. Pero no estaba hecho para la vida familiar. Unos son tigres y otros son leones, había dicho ella, y ella siempre tenía razón. Estaba bien ser un tigre. Le gustaba ser un tigre. Parecía mucho más interesante que ser un león y mucho más importante que ser un leopardo. Un tío de Bilbao no puede ser leopardo. Pero ahora, por primera vez, Txupalabena tenía la impresión de haber conocido a un leopardo. Aquel gallego siniestro era, sin duda, lo que Vivianne había descrito como «los cazadores solitarios que nunca llegan a tigres». Él siempre lo había interpretado como falta de fuerza o de carácter. Pero por lo visto era más bien una cuestión de personalidad. El gallego de los cojones podía parecer un tirillas, pero carácter tenía. «A mí no me conoce nadie». ¡Con qué convicción, con qué firmeza lo había dicho, como quien expone un principio inamovible! Se notaba que desaprobaba la conducta jaranera del vasco. Bueno, pues a mí me ha ido bien, se dijo. «Los leopardos viven en las sombras y nunca salen de las sombras», había dicho Vivianne. Joder, el gallego este debe de llevar un siglo sin tratarse con nadie.

Seguramente, ya andaba siempre solo cuando era mortal y su maestro lo encontró. ¿Y su maestro, qué sería? ¿Un tigre u otro leopardo? Un tigre, seguramente. Los leopardos como el gallego no tienen ganas de compañía ni sienten la necesidad de convertir a nadie. Siempre en las sombras, con dos cojones. Imagínate, estar todo ese tiempo sin relacionarte, sin hablar con nadie, fuera del mundo. ¿Cómo lo soportaría? Uno puede acabar convirtiéndose en un monstruo si vive de esa manera. Siempre solo, acechando entre la niebla por los caminos gallegos, como la Santa Compañía, como el coche negro... ¡Hostias, el coche negro!

Había oído la leyenda contada por una gallega que conoció en Francia, durante la Guerra Civil. Un coche negro con los faros apagados rondaba por los caminos y se llevaba a niñas y jovencitas que andaban solas. Algunas de las chicas desaparecían para siempre. Otras eran encontradas a la mañana siguiente, con extrañas heridas y sin recordar nada de lo que les había ocurrido. La gente hablaba de un ogro o un sacamantecas, pero Txupalabena siempre sospechó que era un vampiro. Y ahora aparecía este Globiño, que venía de Galicia... en un coche negro.

* * *

Mientras tanto, Globiño se sentía mareado, aunque no había bebido ni una gota de whisky. Había tenido más vida social en unas pocas horas que en los noventa años anteriores. Se había movido siempre solo en los márgenes del mundo de los humanos, y no sabía nada del mundo de los vampiros. Sólo había conocido a su maestro, el extranjero que lo transformó, y no había estado con él más que unos meses, desde el infausto momento en que se conocieron en un bar del puerto de Vigo hasta la noche en que se quedó solo. Además de extranjero, el maestro era hombre de pocas palabras. Y después de que él se

marchara, Globiño jamás se había encontrado ni había tenido noticias de ningún otro vampiro. Y ahora, todo de golpe, el vampiro fanfarrón, las mujeres que no tenían miedo, y sus besos... Al principio había pensado que el vasco tenía abducidas a las chicas, pero después pudo comprobar que le llevaban la contraria y le vacilaban. No había ni rastro de sometimiento, se quedaban allí porque se lo estaban pasando en grande, y no le busques más vueltas. Aquello era asombroso. No se esperaba un ejemplar como este Txupalabena. ¿Cómo era posible que aquel vasco bocazas hubiera sobrevivido todo un siglo sin que nadie lo desenmascarara? A todos los efectos, le iba proclamando a la gente que era un vampiro. Aunque puede que aquel fuera un buen disfraz. En realidad, lo más probable era que lo tomaran por un simple depredador sexual con mucha labia. Seguro que muchos de sus conocidos le tenían envidia.

Pero por lo menos una persona había sido capaz de localizarlo. El mensaje de la tarjeta —si es que era un mensaje— no parecía demasiado preocupante. Incluso era muy probable que proviniera de otro vampiro. Nunca había pensado en que los vampiros tuvieran redes sociales, aunque parecía lógico. Seguramente, aquel bilbaíno loco habría transformado a un buen número de rubias teñidas, que a su vez habrían corrido la voz acerca del rey de la noche vasca en las peluquerías para vampiras.

¿Cuántos vampiros habría en el mundo? Globiño sospechaba que bastantes, aunque no creía que existiera un censo. En las películas, todos eran destruidos sin contemplaciones, transmitiendo la tranquilizadora idea de que la población de chupasangres va disminuyendo, pero Globiño sabía que no es tan fácil matar a un vampiro, sobre todo si no sabes que existe. Sólo los novatos llaman la atención. Bueno, los novatos y este Txupalabena del carallo.

Del carallo, sí, pero con la vida bien organizada, no como yo, pensó a continuación Globiño, comprobando la blandura de la cama. El tal Txupalabena estaba bien establecido, tenía

una buena casa..., no, varias casas; había hablado de «alguna casa» en Francia... Claro que lo importante era la seguridad. ¿Hasta qué punto eran seguras aquellas viviendas? Por el momento, Globiño no había detectado ningún fallo, pero teniendo en cuenta sus hábitos sociales, le daba la impresión de que el vasco no concedía tanta importancia como él al secretismo. Por otra parte, ¿qué tenía él? Un coche recién robado, un trasero abandonado en Santiago, lleno de revistas de cine. Y para de contar. Si Txupalabena no le hubiera invitado a su casa, habría tenido que pasar el día en un aparcamiento o en una alcantarilla. Estaba de viaje, de acuerdo, y en los viajes no puedes contar con la comodidad del hogar, pero es que siempre había sido así. ¿Qué hogar ni qué hogar? Una larga serie de escondrijos cutres, nunca una verdadera casa: sótanos y desvanes en los mejores casos, agujeros inmundos en los peores. Un hórreo con doble fondo había sido lo más sofisticado... Era la historia de su vida. Siempre a salto de mata. Pobre de vivo, pobre de no-muerto.

Bien, pues todo aquello iba a cambiar, se prometió. En cuanto su viaje le llevara a alguna parte, aquello iba a cambiar, y mucho. A Dios pongo por testigo.

* * *

Pasó el día y cayó la tarde. Globiño y Txupalabena salieron a la calle justo cuando se encendían las farolas. Dos manzanas más allá había un establecimiento con un letrero que decía

LOCUTORIO BANGLA-EUROPA-AMERICA
INTERNET FOTOCOPIAS ENBIOS DE DINERO

Los dos vampiros se detuvieron ante la puerta del locutorio. Txupalabena entreabrió la puerta y asomó la cabeza al interior.

—¿Podemos entrar? —preguntó. Ya sabía que podían entrar, pero era una puta costumbre. Muchas veces, preguntando eso, se podía entrar en sitios privados.

—Pasen, pasen —dijo Hamid, levantando la mirada de su revista de crucigramas, con la que intentaba mejorar su dominio del español.

Hamid había venido de Bangladesh, pero estaba acostumbrado a que en Europa todos le llamaran «indio». No le importaba. Su país era joven, y ya tendría tiempo de adquirir prestigio propio, con la ayuda de Dios.

Vio entrar a dos españoles, jóvenes los dos, pero muy diferentes físicamente. Uno era muy grande y vestía de blanco. El otro era más pequeño y vestía de negro. No le gustaron, pero estaba siendo una mala noche y todo cliente era bienvenido. Miró a su compañero, que estaba medio dormido en una silla. No parecía que el compañero fuera a ser una gran ayuda si había problemas.

El español grandote tomó la iniciativa.

—¡Tú! No te muevas para nada. ¡Y tú! Vente acá. Sabes manejar el ordenador, ¿no? Pues conéctanos con esto —y enseñó una tarjeta de plástico.

Los dos bengalíes obedecieron sus respectivas órdenes. Uno de ellos, el compañero, se quedó inmóvil, sin que nada en el mundo le preocupara. El otro, Hamid, los acompañó a un ordenador, entró en Google y tecleó demetertravels.com.

En la pantalla apareció un logotipo de la agencia, el ataúd flotando sobre las olas, y un menú de idiomas.

—Español —ordenó Txupalabena. Hamid hizo clic en «español».

El menú dejó paso a un mensaje: «Si no puede viajar de día, pulse Intro».

—Pulsa Intro.

Hamid pulsó Intro y la pantalla quedó en blanco.

—¿Y ahora? —preguntó Txupalabena.

—Espera —dijo Globiño—. Mira.

En la pantalla empezaba a formarse un nuevo mensaje: «Por favor, elija en la lista la ciudad que le resulte más conveniente, y haga clic en ella».

—Eso es. Ahora dirán ciudades.

Hamid los miraba con expresión de perplejidad.

Efectivamente, los vampiros —pero no el bengalí— vieron cómo en la pantalla aparecía un listado de ciudades por orden alfabético: Aachen, Abilene, Acapulco, Acre, Addis Abeba, Amberes, Amsterdam, Anchorage, Ankara, Antioquía, Argel... Esto ocupaba toda la altura de la página.

—¡Bilbao! ¡Busca Bilbao! —gritó Txupalabena— ¡Tiene que venir enseguida!

El bengalí le miró como se mira a un lunático que está teniendo un ataque en un idioma extranjero, pero que te tiene bien pillado.

—¡Bilbao, coño! ¡Dale pabajo! —insistió Txupalabena, señalando la tecla ↓.

La expresión del bengalí empezó a mostrar señales de pánico. ¿Qué decía de Bilbao aquel español? La pantalla estaba en blanco. ¿Dónde quería que buscara Bilbao?

—¿Quiere que teclee «Bilbao»? —acertó a decir.

—No, joder, baja por la lista hasta llegar a Bilbao. ¿Eres tonto o qué?

—¿Por qué lista?

—¡No te hagas el gracioso conmigo, que te la estás jugando!

—Espera —dijo Globiño—. Vamos a ver una cosa. ¿Se baja dando aquí?

Señaló la tecla ↓ y Txupalabena asintió.

Globiño extendió el brazo y pulsó la tecla. La lista empezó a correr, subiendo una línea con cada pulsación: Baden-Baden, Bahía, Baltimore, Bangalore, Bangkok, Barranquilla... Txupalabena iba haciendo comentarios.

—Joder, sí que tiene sucursales esta gente. Esto se llama tener implantación a nivel mundial. ¡Ja! ¡No viene Barcelona! ¡Bilbao sí! ¡Ahí está Bilbao! ¡Ya te dije que tenía que venir! ¡Haz clic en Bilbao!

«Ya está otra vez con Bilbao», pensó Hamid, que seguía viendo la pantalla en blanco. «Debe de ser uno de esos fanáticos nacionalistas. ¿Qué pretenden estos tipos? ¿Serán ciberterroristas?».

—¿Qué es hacer clic? —preguntó Globiño, que ya empezaba a comprender.

—Es señalar algo con esta flechita y darle a este botón —respondió el bengalí, explicando el funcionamiento del ratón y a la vez descartando la idea de los ciberterroristas. Eran locos vulgares, locos de atar, posiblemente drogadictos, esnifadores de pegamento como casi todos los jóvenes occidentales. No tenían un aspecto sano. Con lo jóvenes que eran, y ya echados a perder. Y peligrosos. No había más que verles la cara.

—Pues haz clic aquí —dijo Globiño, poniendo el dedo en un punto de la pantalla.

—¿Aquí? —preguntó Hamid, situando el cursor donde le indicaban.

—Sí.

La pantalla cambió. Apareció un número de teléfono móvil.

«Apunte este número y llame a cualquier hora para concertar una cita personal. Cuando nuestro agente le responda, diga en el idioma local: "No puedo viajar de día". A continuación, podrá ponerse de acuerdo con nuestro agente. Advertencia: Dependiendo de la hora, nuestro agente puede tardar en responder a su llamada. Sea paciente y no tema ser insistente. Gracias.»

—Ya está. Apunta ese número.

—Sí, señor —dijo el bengalí con mucha suavidad—. ¿Qué número, señor?

—Déjalo —dijo Globiño—. Ya sé lo que pasa. Tú, trae papel y un boli.

Hamid corrió al mostrador en busca de papel y bolígrafo. Txupalabena apuntó el número.

La pantalla empezó a parpadear. Apareció un nuevo texto en la parte inferior:

«Para terminar, pulse la tecla "borrar" para que no quede huella de su visita en la memoria del ordenador».

—¿Cuál es la tecla «borrar»? —le preguntó Globiño al bengalí.

—Ésta.

—Pues dale.

—Le doy.

—Adiós.

—¿Adiós? ¿Ya está? —preguntó Hamid. A punto estuvo de decir: «¿No me van a atracar ni a violar?». Empezó a dar gracias a Dios por haber salido bien parado de la situación, gracias a Dios por haberle salvado de..., ¿salvado de qué? ¿Por qué le estaba dando gracias a Dios? Bueno, siempre es buen momento para hacerlo.

—Vaya noche aburrida, ¿no? —le dijo en bengalí su compañero, saliendo de su letargo.

—Sí —respondió él—. Si sigue sin venir ningún cliente, más nos vale irnos a casa pronto.

¿Por qué demonios estaba sudando tanto, si no hacía calor?

—¿Qué coño le pasaba al indio? —preguntó Txupalabena, ya en la calle.

—Que no veía nada de lo que veíamos nosotros. Esa página está afinada para una capacidad visual que los humanos no tienen. Él veía la pantalla en blanco.

—Coño, pues. Qué gente más lista. ¿Qué hacemos ahora? ¿Llamar?

—Llamar, concertar una cita, que supongo que será para mañana como muy pronto, y después... ¿Podríamos encontrar a esas señoritas que iban ayer contigo?

—Seguro que sí. Y si no, a otras igual de buenas.

—Pues busquemos un teléfono.

—Joder, el locutorio del que acabamos de salir estaba lleno de teléfonos. ¿Entramos otra vez?

—No me gusta intimar demasiado con la gente. Acaban acordándose de que existes.

—«Dijo el astuto leopardo» —murmuró Txupalabena.

—¿Cómo dices?

—Nada, cosas mías.

* * *

Ya no era fácil encontrar una cabina telefónica, con el imparable auge de los teléfonos móviles. Pero en 2010 todavía quedaba alguna.

Antes de marcar el número, Txupalabena se paró a pensar. ¿Cuál era el idioma local en Bilbao? Decidió que sería aquél en el que respondieran a la llamada. Marcó. Respondieron a la séptima señal, en castellano.

—*Viajes Demeter. ¿En qué puedo servirle?*

—Vale. Castellano, pues. No puedo viajar de día. Ya está.

—*Eso tiene remedio. ¿Le gustaría que le explicara nuestros servicios?*

—¿Cuándo y cómo puede ser eso?

—*¿Se encuentra usted en Bilbao o cerca de Bilbao?*

—Estoy en Bilbao.

—*Perfecto. Entonces, podemos vernos mañana mismo por la noche, en el lugar de Bilbao que usted elija y a la hora que mejor le venga.*

—A las ocho, en la cafetería del Hotel Princesa —vio que Globoño le hacía frenéticos gestos de negación con las manos—. Espere. ¿Qué pasa?

—A las ocho, no. Más tarde —dijo el gallego.